

@ayrtha

SOMBRA

SIN PIEL

# **SOMBRAS SIN PIEL**

*@ayrtha*

*[www.ayrtha.com/velanima](http://www.ayrtha.com/velanima)*

# CAPÍTULO 1

Vera movía la tierra con una pala sobre los bulbos de lirios azules que su prima Nina iba colocando en el suelo, la pequeña Sabina cargaba los bulbos en su delantal y se los iba tendiendo a Nina según avanzaban.

Iban a dejar el murete norte cubierto de lirios que florecerían cuando su prima Lina volviese de su luna de miel, querían darle una sorpresa el día de la boda.

—Me estoy cansando de trabajar el suelo —protestó Nina, dirigiéndose a Vera—. ¿Por qué no te agachas tú un rato ahora?

—Ah, ¿quieres usar la pala? ¿Crees que esto no pesa?

Vera movió con irritación la pala frente a su prima protestona, era la pala grande que usaban los jardineros, esperaba ir más rápido con ella que con las palitas que solían usar las señoritas de la casa para remover tiestos. La pared norte del palacio del Barón de Fresnos era bastante larga, iban a tener trabajo.

Los jardineros del palacio se encargaban normalmente de que las plantas estuvieran sanas y otros cuidados generales, de la decoración se hacían cargo ellas hacerlo ellas, las hijas y sobrinas del Barón, que habían pasado muchos años viviendo bajo el mismo techo.

Los padres de Vera tenían una bonita casa señorial a apenas un día de caballo a distancia de allí, pero estaba sobre una colina pedregosa, oteando terrenos de cultivo y no había mucho espacio para un jardín como el del Barón, y a Vera le encantaban los jardines, y las flores, y los pájaros y

muchas otras de las criaturas que vivían en ellos... hasta las arañas, que tejían preciosas telas entre las ramas de los rosales y que brillaban como joyas cuando las cubría el rocío.

Por suerte para Vera, al Barón le gustaba rodearse de su familia y había vivido casi toda su vida allí, con sus primas y su jardín.

—Si quieres yo me arrodillo un rato —se ofreció Sabina, tres años menor que su prima, en tono dulce.

—No, ya termino esta fila, no te preocupes —respondió Nina, de vuelta a colocar más bulbos.

—Luego iremos a comer algo si queréis, el resto de filas podemos dejarlas para la tarde, no tenemos prisa —dijo Vera, intentando ser magnánima con sus primas pequeñas.

—E iremos a ver si hay invitados... —añadió Nina con una sonrisa traviesa—. Ummm... ¿igual si por fin aparece un pretendiente para Vera?... ummm...

Vera volvió a sacudir la pala en dirección a Nina.

—Yo no busco pretendientes, los pretendientes me buscan a mí. Cuando te madure más la cabeza que las tetas te darás cuenta que el cortejo es un tema serio y delicado, y que no se puede aceptar al primer cantamañanas que se cruce por delante.

—Ya, ya... Pues a mi hermana le ha ido bien con eso y tenéis la misma edad, ¿no?

Vera no pudo evitar dar un pequeño respingo.

—Tu hermana va a heredar este sitio, cosa que ni tú, ni yo, haremos, así que tiene más pretendientes donde elegir. Háblame cuando tengas mi edad de lo fácil que es.

Nina gruñó y siguió plantando.

La verdad era que a Vera le empezaba a picar un poco que, con veinte años, fuera la última prima de su generación sin casarse y sin expectativas de hacerlo pronto. Se había acostumbrado a ser la pequeña y ahora era la mayor de la nueva generación de primas, como Nina y Sabina, de quince y doce años respectivamente.

Nina era una joven robusta, de buen corazón, pero le perdía un poco la boca. Sabina era pequeña y nerviosa, solía vivir pegada a su prima Nina, que hacía de protectora.

—Hola, ¿qué tal? ¿Cómo van los trabajos? —dijo Sara, se acercó a ellas desde la salida trasera del palacio, acompañada de Silvia. Eran las hermanas mayores de Sabina, tenían veinte tres y veintiocho años, y estaban casadas. Llevaban varios tallos de rosas en cestas, estaban preparando la decoración para la boda de Lina.

—Tengo las rodillas destrozadas y Vera no quiere hacer turnos —protestó inmediatamente Nina.

—Le he dicho que si quiere conocer el trabajo que da aguantar la pala y a una prima quejica nos cambiamos —respondió Vera.

Sara y Silvia rieron.

—Veo que os estáis divirtiendo por aquí. Vamos a preparar algunas decoraciones, queríamos unos jazmines, pero se pondrán mustios si los cortamos demasiado pronto. Vera, ¿puedes mirar algunos ramilletes bonitos y ponerles un lazo y así sabremos qué cortar cuando toque?

—Sí, ya terminamos aquí y ahora voy... —respondió con una sonrisa, entonces un particular sonido llegó hasta ella—. ¿Son esos los perros de las caballerizas?

Todo el mundo movió la cabeza hacia la entrada del palacio, los perros de las caballerizas ladraban cuando venía gente nueva, pero sus primas se encogieron de hombros.

—Solo oigo algunos perros de lejos —dijo Sara, entrecerrando un poco los ojos hacia ella— ¿Estás segura que son los de las caballerizas?

Vera asintió, tenía un sentido del oído y el olfato muy agudo, no es que oyera más que otros, pero podía distinguir los sonidos y los olores con precisión. Y estaba segura que aquellos eran, específicamente, los perros de las caballerizas, tenían un ladrido más bajo e irregular que los perros de caza, y se oía en dirección a la entrada. No tenía dudas.

—¡Vienen más invitados! —exclamó con entusiasmo—. Venga, Nina, termina.

Su prima colocó los últimos bulbos de manera un tanto regular y ella no echó la tierra con el cuidado debido, pero era una urgencia. ¡Venían más invitados! ¡Gente nueva que conocer! ¡Igual alguien interesante!

Apresuradamente, dieron por terminado el trabajo y corrieron al interior del palacio, Vera dejó la pala apoyada en la pared de la entrada, se quitó el delantal y los guantes de jardinería e intentó alisarse el vestido.

Subieron las escaleras al primer piso pasando por las habitaciones de sirvientes e invitados menores, luchando por moverse con dignidad y no saltando como cabras.

Se cruzaron con su tía Drusa, que venía de la calle, pero en dirección contraria. La tía Drusa era hermana del Barón y su única tía soltera con más de cuarenta años, pero Vera pensaba que ser la dueña de una enorme casa señorial, con jardín pegando a las cálidas aguas de los mares del sur, compensaba el no tener marido.

—Ah, qué prisas chicas, ¿a dónde vais? —dijo con voz cantarina, era una mujer muy risueña y algo distraída, con mejillas brillantes y tostadas por los aires sureños.

—A ver a las visitas, ¿sabes quiénes son? —inquirió Vera.

—Ah, sí, creo que el Conde de Libras y un pequeño séquito.

—¡Un Conde! —exclamaron las primas pequeñas.

—Sí, es amigo desde joven de Drusus —la tía Drusa siempre usaba el nombre de pila del Barón—, no se han visto mucho últimamente, pero no iba a dejarle de invitar a la boda de su primogénita y el Conde no podía negarse a venir, siempre se han llevado bien, pese a la distancia.

Aquellas palabras desanimaron ligeramente a Vera, súbitamente se imaginó al Conde como un hombre mayor como su tío, algo tripón y de

rostro sereno, rodeado de un séquito de amigos igual de mayores y aburridos.

¿Podría haber algún heredero joven y atractivo en alguna parte de ese séquito para ella?

Se movieron hacia las escaleras que descendían a la entrada principal, entre las sombras de la pared del pasillo y la barandilla podían investigar a los recién llegados. En ese momento salió al Barón a recibirles, con los brazos extendidos y una gran sonrisa.

Vera contempló, con agradable sorpresa, que el hombre que su tío abrazaba no era, en absoluto, demasiado parecido a su tío. Sí que era mayor, pero era alto y de buen porte, con pelo rojo como tenían en algunos lugares del noreste, mezclado con ondas plateadas, que no hacían si no incrementar su brillo, su ligereza al moverse, y la piel ligeramente tostada como su tía, le decía que disfrutaba del aire libre.

Vera decidió que era lo bastante atractivo como para interesarse por la razón de que no hubiera una señora Condesa cerca y la manera en la que ella podría remediarlo.

En ese momento, un joven con ropa de sirviente del séquito del Conde llamó su atención, y el de medio salón, por su comportamiento.

El Barón había tenido la deferencia de saludar personalmente a todo el séquito, sirvientes incluidos, pero, cuando llegó su momento, el joven ignoró el saludo y señaló a algo del techo del edificio. Vera no pudo oír el



qué, pero vio que el rostro del Conde se tensaba y su tío se encogía de hombros.

Sabía que había algunas humedades en el techo, que no pudieron reparar antes de la boda porque la hubiera retrasado de forma inadmisibles para la pareja, y de todas formas era un problema menor y apenas perceptible. Esperaba que el joven no hubiera tenido la mala educación de señalar aquello, a la par que ignoraba el saludo del Barón.

—Voy a ver —dijo, no pudiendo contener su curiosidad.

Volvió a alisarse el vestido y bajó por las escaleras con fingida naturalidad, como si solo quisiera salir del palacio, casualmente, en ese preciso momento.

—Ah, Vera... —dijo su tío al verla, extendiendo los brazos para indicarle que se acercara.

Vera extendió los brazos también como respuesta, entonces alguien dejó una pesada bolsa sobre ellos.

—Ah, el servicio, llévalo a mi habitación —dijo el joven maleducado. No era bajo, pero tampoco alto, la piel era cobriza como la gente del sureste y su rostro era juvenil, no del todo feo, pero tenía espaldas y pecho anchos y pesados, que daban la pista de que había dejado atrás hacía unos años la edad para ser paje.

Y un paje no hubiera cometido aquella grosería, de cualquier forma.

Vera le lanzó una mirada de medio lado, recogió los brazos, dejando caer la bolsa pesadamente al suelo y se acercó al Barón, pasando al joven de largo.

—Buenos días, tío, ¿cómo se encuentra esta mañana?

—Bien, pero mucho mejor después de ver a una de mis encantadoras sobrinas. Ven, haré unas breves presentaciones... Este es el Conde de Libras, mi buen amigo Rolan. Y ella es Vera, hija de mi hermano, el Señor de Meras.

—Encantada, señor Conde —Vera hizo una reverencia que esperaba fuera a ser apropiadísima, mientras miraba entre las pestañas al Conde, mucho más alto aún visto a aquella distancia, hasta aparentaba ser más joven de lo que debía ser realmente.

—Encantado de conocerla, señorita, el Barón siempre me ha hablado con frecuencia de lo afortunado que es porque en su familia se encuentran las damas más encantadoras del reino, y por lo que veo en usted, no parecía exagerar.

—Oh... —Vera sintió que se le ruborizaban hasta las orejas y tuvo problemas intentando dar con una respuesta, pero el Conde continuó hablando.

—Quiero ofrecerle también disculpas, a los dos, por el comportamiento de Aetius. No es un joven educado en modales de la gente elegante, pero no esperaba que su comportamiento fuera tan vergonzoso. No se preocupen, tendré una serie discusión con él y pondré las cosas firmes.

El Barón sonrió con benevolencia.

—No te preocupes, amigo, todos hemos pasado por una mala edad. Seguro que lo de la bolsa ha sido una pequeña confusión... y tiene razón en lo de que esas humedades tienen mala pinta, no debería ignorarlas. Puede decirse que es un joven honesto, al menos.

Vera miró con el rabillo del ojo a su tío, apreciaba su gran corazón, pero en ocasiones resultaría más conveniente que su mano fuera un poco más dura.

El joven Aetius había recogido su bolsa del suelo y se encogió de hombros, estaba segura que había oído la conversación, pero no parecía tener ningún interés en pedirles disculpas.

En ese momento, sus primas pequeñas aparecieron, también por casualidad, desde el piso superior.

—Buenos días, padre —dijo Nina, llegando a pasos rápidos hasta ellos y estirando los brazos para abrazarle.

—Buenos días, tío —murmuró Sabina detrás de su prima y mirando con nerviosismo a los recién llegados.

—Ah, fantástico, fantástico. Mira, Rolan, esta es mi hija pequeña Nina y mi sobrina Sabina, hija de mi hermana, la Señora de Nales. Estaba pensando que podéis dar un paseo por el palacio al Conde, ¿qué te parece, Vera? Enseñadle el precioso jardín que tenemos, Vera es mi mejor jardinera, tiene una mano especial con las flores —Vera vio que Nina habría la boca para decir alguna de sus ocurrencias, pero le lanzó tal mirada

que la volvió a cerrar rápido como un cepo—. Hace muchísimos años que el Conde no viene de visita, creo que la última vez fue antes de que ninguna de vosotras naciera.

Vera dio un respingo que disimuló con una tos seca al oír la última frase. Se recuperó pronto y soltó una amplia sonrisa hacia el Conde.

—Claro que sí tío, estaré encantada de darle un paseo mientras sus sirvientes dejan sus cosas en las habitaciones.

El Conde hizo una pequeña reverencia con un gesto, que indicaba que esperaba a que ella le señalara el camino.

Qué más daba que fuera un poco mayor si era más atractivo que la mayoría de pretendientes que se había cruzado, y era educado, y un Conde.

La edad era solo un número.

Caminó hacia una de las salidas laterales al jardín, sabía que tendría una bonita visión del mismo en aquella dirección. No era su parte favorita, pero la mayoría de recién llegados parecían apreciar más el lado oeste, donde el jardín se veía como una llana extensión de hierba verde, con cuidados setos de diversas flores formando caminos laberínticos entre ella.

Para Vera, su parte favorita estaba entre el murete norte y la puerta trasera, apreciaba el caos con el que algunas plantas crecían allí, y las criaturas que vivían en los jardines usaban con frecuencia como cobijo, pero sabía que no era muy vistoso.

Al caminar empezó a hablarle al Conde de las flores, enumerando la época de floración, las que tenían que trasplantar cuando era el momento,

las que podían aguantar con flor todo el año con los cuidados adecuados, las que no podían poner una junto a la otra...

Vera llevaba un buen registro escrito de todos aquellos detalles, aunque conociera la mayoría de memoria.

Tenían setos con todo tipo de rosas, hortensias, pequeñas violetas, claveles, margaritas... A veces se ayudaban de algunos arbustos olorosos para dar un aire diferente a una zona, como el romero y el laurel.

Sus primas pequeñas habían decidido acompañarles, Vera estaba segura que no era porque entendieran el concepto de ser carabinas, si no porque querían entrometerse, Nina al menos, en un momento de la conversación no se le ocurrió otra cosa que decir:

—Vera, estás aburriendo al Conde con tantas plantas.

Vera tuvo que morderse la lengua para no devolverle el insulto, pero se dio cuenta, con frío en el estómago, que quizá su prima tenía razón, a veces hablaba demasiado sobre sus flores.

—Oh, no me había dado cuenta, discul...

El Barón soltó una alegre carcajada y puso una mano sobre su hombro.

—No te preocupes, no me estaba aburriendo por oírte, solo que he tenido un viaje largo y empiezo a sentirme un poco cansado. Volveremos ahora al palacio, si no te importa. Es más, estaba pensando que con el jardín tan grande que tengo en Libras, lo triste que resulta en comparación con este. Creo que en mi palacio no hay nadie que conozca a las flores tan bien

como tú, tienes una memoria realmente asombrosa, Vera, no me extraña que el Barón sienta tanto orgullo de las damas de su casa.

Vera cogió aire despacio, sintiendo como si sus pies fueran a despegar del suelo. El Conde no podía ser un hombre real, tenía que estar soñando. Sus ojos brillaban con alegría, sus ondas plateadas refulgían al Sol. Vera casi no sabía qué contestar, se limitó a caminar de vuelta al palacio, sintiendo, con cierto dolor en el corazón, la mano que se apartaba de su hombro al andar de vuelta al edificio.

Por el camino vieron a un hombre que salía hacia ellos. Vera no le conocía, recordaba haberle visto con el séquito del Conde, vestía como un noble de bajo rango o un sirviente de categoría, quizá un asistente personal de Conde. Era un hombre muy pálido, con pesadas cejas oscuras, que en aquel momento estaban firmemente unidas en una expresión tensa, como si estuviera oliendo algo rancio.

—Ah, este es Tumas, mi secretario —dijo el Conde a modo de rápida presentación antes de que les alcanzara.

—Mi señor, siento molestarle, pero creo que le convendría ir a hablar con Aetius con urgencia.

—¿Por qué? ¿Ha dicho alguna cosa inapropiada más?

—Ha dicho varias, mi señor, de hecho, en el momento en el que decidí venir a buscar a su señoría ya había conseguido cuatro duelos mañana al amanecer, puede que haya logrado alguno más mientras hablamos.

—Oh, vaya... —dijo el Conde.

—¡Duelos! —exclamó Nina, con ojos abiertos y brillantes.

—¿Duelos? —murmuró Sabina, encogiéndose detrás de su prima.

—Vaya un... —empezó Vera, pero cambió la palabra que iba a decir, recordando que estaba junto al Conde—... desconsiderado.

—Ahora mismo voy, Tumas, de hecho, estaba regresando ya al palacio. Vuelve e intenta enterarte de si hay un duelo más, luego mediaré para que al menos no haya sangre mañana, el Barón no creo que aprecie este tipo de situaciones tan cerca de la boda de su hija.

—Sí, señor, voy corriendo.

El secretario se alejó, el Conde comenzó a andar también a paso rápido.

—Supongo que tendré que dejar el descanso para otro momento.

—¿Quién es ese Aetius? ¿Un sirviente? —preguntó Vera, muy molesta con aquel sinvergüenza por la interrupción.

—Un soldado, guarda personal, es uno de los mejores que hay, para ser tan joven, me lo presentó uno de mis capitanes hace unos tres años. Por lo visto criado entre cuarteles, su educación no es cortés, pero tampoco suele ser tan atroz —vio que rostro se ensombrecía un momento, pero volvió a recuperar su sonrisa con rapidez—. De todas formas, pensaba enseñarle al Barón alguna de sus habilidades, quizá consiga que los duelos ofrezcan algo de entretenimiento, si no un poco de humildad para el chico.

Llegaron ya al interior del palacio, el Conde preguntó a alguien por dónde había visto a sus sirvientes y luego se volvió para despedirse de ella.

—Ha sido un paseo muy agradable, estoy seguro de que tendremos algunos momentos más para que corrijas mi enorme desconocimiento sobre cómo tratar a las flores.

—Oh, claro que sí, me encantaría —respondió Vera, con apenas disimulado entusiasmo. Quizá no era muy digno, pero no veía razones de peso para fingir que no estaba encandilada con el Conde.

El hombre se giró para despedirse después de sus primas y se marchó.

Vera soltó un largo suspiro y se giró con la intención de regresar de nuevo al jardín, en ese momento vio, como salido de la nada, al propio Aetius apoyado en el marco de la puerta por el que habían entrado. El joven soltó un bufido de mofa.

—¿Qué haces aquí? Tu señor te está buscando —dijo Vera, con el ceño fruncido y cruzando los brazos sobre su pecho.

—Ya lo sé, por eso pensaba salir fuera a esconderme.

—No veo que estés fuera.

—Estaba entreteniéndome un poco con la escena. Te recomiendo que no te dejes llevar por el Conde, por tu bien, no es lo que parece.

Vera levantó la barbilla.

—¿Qué entenderá un soldado como tú de asuntos de señores?

—Oh, no mucho, pero entiendo del Conde, no te fíes, repito, es por tu bien.



En ese momento, el joven se apartó de la puerta y desapareció. Vera se asomó para saber qué dirección tomaba, pero no ya no le veía, ni siquiera distinguía sus pasos. Había un par de arbustos no muy lejos, pero no creía que pudiera haber andado tan rápido hasta allí.

—Qué chico tan raro. ¿Os parece normal que un sirviente se comporte así?

—No —respondió Nina—. ¡Oh! Igual le gustas y está celoso del Conde.

Su prima dio algunos saltitos, poniendo ojos de traviesa, disfrutando la idea de que pudiera gustarle a alguien tan repelente.

—O... puede que alguien le haya dado un golpe demasiado fuerte en la cabeza y su cerebro no rige bien. Eso me parece más creíble. Si a ese idiota se le ocurre estropear la boda de Lina con sus tonterías le estrangularé con mis propias manos.

—Tengo hambre... —murmuró Sabina.

—Ah, es verdad, íbamos a comer algo antes de que llegara el Conde, quizá deberíamos ir a ver qué tienen preparado en las cocinas —dijo Vera, tendiendo la mano a su prima pequeña, intentando apartar de la cabeza a aquel irritante soldado.

## CAPÍTULO 2

El cielo apenas se estaba iluminando, pero Vera ya estaba despierta, tomando notas en su diario. Siempre se levantaba muy temprano, pero aquel día lo hizo más de lo normal. Había pasado casi toda la noche teniendo ensoñaciones respecto a cómo sería su vida con el Conde, tratando de imaginarse el jardín que podría construir en el palacio de un Conde, con todas las flores exóticas y extrañas que le apetecieran.

Estaba acurrucada sobre su escritorio, al lado de una pequeña vela para poder ver, ya que aún estaba casi todo en penumbra.

Mantén un diario muy detallado de lo que iba y venía por el jardín. Tomaba nota no solo de las plantas, también de los pájaros, insectos, los topillos y hasta los perros de la zona.

Sobre los pájaros que cantaban en las horas del despertar; sabía que los colirrojos y los mirlos eran de los más madrugadores, luego solían venir los gallos (eran más remolones de lo que se decía), luego los gorriones y estorninos, y después podían llegar todos los demás. Le gustaba especialmente el canto de los ruiseñores, pero no les oía, pese a que a aquellas horas todo estaba en silencio. De todas formas, sabía que no había muchos alrededor del palacio, cuando llegaban sus cantos venían más del bosque cercano, así que no lo encontró raro.

Los colirrojos empezaron a cantar más o menos a su hora, pero ni un trino de los mirlos. Aquello sí lo encontró inusual, los mirlos eran muy

alborotadores en aquellas fechas, en plena temporada de cortejo de la primavera.

Intentó pensar a qué podía ser debido ese silencio, cuando en el exterior vio un movimiento fuera de lo normal entre los arbustos del jardín. Vera cubrió la vela de su mesa con un libro para evitar sombras y reflejos que avisaran de su presencia.

Su habitación estaba en la primera planta del lado norte, donde dormían sirvientes e invitados de poca categoría, había querido aquella habitación porque daba a su zona favorita del jardín: el área entre la puerta trasera y el murete norte.

Aquella parte era la que albergaba los viejos frutales de cuando allí todavía estaba el huerto de las cocinas, y donde mantenían algunos arbustos que empezaban a afearse, y los rosales más viejos del palacio, además de algunas plantas para la cocina y agradables olorosas que apreciaban las zonas en sombra y la humedad.

Era su parte favorita precisamente porque no se mantenía tan cuidada y ordenada como las demás, se dejaba a las plantas respirar, y a muchas de las criaturas que vivían de ellas, merodear por allí, como insectos, arañas, ratoncillos y pájaros.

Pero no era un ratoncillo precisamente lo que paseaba entre los arbustos y arbolillos a aquellas horas, era una persona y Vera se sintió inquieta.

Quien fuera estaba cubierta con una capucha, merodeaba por la puerta del muro que daba fuera del palacio, a un pequeño sendero que separaba el murete del sotobosque, que crecía junto al mismo, y se extendía hacia un gran terreno boscoso que solían usar para cazar.

La puerta en sí se usaba poco, estaba oxidada y cubierta de zarzaparrilla.

En un momento, aprovechando los primeros débiles rayos solares, Vera pudo por fin distinguir los rasgos del extraño entre las sobras y las hojas de los árboles; era Aeitas.

Entrecerró los ojos, preguntándose qué estaba planeando, quizá huir de la media docena de duelos que tenía en unos minutos. Fuera lo que fuera y por sospechoso que pareciese, solo le vio pasear, con lo que parecía inquietud, sin hacer nada más y, poco después, regresó al edificio.

Había sido algo extraño, no le encontraba el sentido, pero tampoco estaba prohibido pasear por el jardín de madrugada. Teniendo en cuenta que no era lo peor que el chico había hecho desde que estaba allí, decidió no darle demasiada importancia. Quizá si oía algún rumor extraño sobre él más tarde pudiera hacerse una idea de por qué estaba allí, pero de momento no tenía sospechas de nada en concreto y decidió volver a sus quehaceres.

Vera quitó el libro frente a la vela y continuó escribiendo. Solo tenía tiempo para escribir en las madrugadas, en cuanto salía de su habitación siempre había alguna cosa para hacer y alguna prima que atender, por las noches estaba cansada, así que solo le quedaban las tranquilas mañanas, y los jazmines siempre olían mejor a aquellas horas.

Poco después, los gallos y los gorriones acudieron a la cita de la mañana, pero no los mirlos. Aquel día era muy raro, se preguntó si podría señalar que venía tormenta. Esperaba que no, una tormenta podría arruinar la boda de Lina. Tendría que revisar sus diarios anteriores a ver si encontraba otra madrugada como aquella.

Cuando salió de su habitación para buscar el desayuno, ya había alboroto en el ala noroeste, donde había un patio abierto y a veces se representaban obras de teatro y se celebraban juegos. Debían de ser los duelos, Aetius no había salido huyendo por otro lado, al final.

Comió un poco en su desayuno, fingiendo desinterés por lo que pudiera estar ocurriendo en la otra esquina del palacio, pero, al final, la curiosidad pudo con ella y se dirigió hacia allí.

El patio estaba rodeado por una barandilla y se bajaba al mismo por unas escaleras. Había buena vista desde todas partes de la planta, pero también se podía contemplar lo que ocurría desde las habitaciones y pisos superiores.

Le sorprendió toda la gente que había: de familia, a invitados y sirvientes; no solo ocupaban casi toda la barandilla y ventanas superiores, hasta se habían sentado en las esquinas del patio.

El ambiente era animado, quizá un poco caldeado en algunos sectores, que miraban con intensidad al área de los duelos, pero la mayoría de la gente solo parecía estar divirtiéndose allí. Le llamó la atención un hombre pálido de cejas espesas, el secretario del Conde, ¿cómo era... Tumas?, sí, eso; miraba hacia el combate con una expresión que solo podía definirse

como desprecio. Vera no pudo reprimir un escalofrío, parecía odiar mucho a Aetius.

Al acercarse ella misma, vio a sus dos primas pequeñas encaramadas a la barandilla, casi con medio cuerpo asomando por el otro lado. Sabina era muy joven, pero Nina ya era casi una mujer adulta, no podía estar asomando la cabeza en sitios como aquellos como una niña cotilla.

—¿Qué haces aquí? —dijo, pinchándole en un brazo para que le prestase atención sobre el ruido—. Este no es sitio para una dama.

—¡Au! Déjame. Aetius ha prometido que nos iba a dedicar esta victoria.

—¿Que ha hecho qué? Eso no es bueno.

—Eres tú la que tiene un problema con él, no yo —Nina se encogió de hombros.

Vera intento pensar una respuesta contra las pequeñas traidoras de sus primas, pero no se le ocurría nada.

En aquel momento la pelea se encontraba en un descanso, Aetius estaba de cuclillas, con los codos sobre los muslos, mirando con una sonrisa socarrona a su rival, parecía que podría aguantar horas en aquella postura tan incómoda. Su adversario era uno de los hijos de los invitados del Barón, un señor cercano. Era un hombre fuerte, pero parecía cansado, en aquel momento hablaba con alguien y probaba al aire la vara de madera que usaban a modo de espada.

—¿Cuántos duelos lleva? —preguntó Vera, no pudiendo evitar sentir algo de curiosidad.

—Este es el cuarto —respondió Nina, tenía estrellitas en los ojos—. Ya ha ganado los otros tres.

—¿Cuarto?

Vera tenía que reconocer que se sentía algo impresionada, en aquel momento. Si Aetius estaba tan descansado como parecía, debía ser un luchador realmente extraordinario o fingir muy bien. Su rival ya estaba agotado ¿y era el cuarto de la mañana?

Empezaba a ver por qué el Conde había querido traerlo para impresionar a su viejo amigo. Su tío miraba desde uno de los cuartos de arriba y daba la impresión de estar divirtiéndose.

El combate se reinició, con los palos y pequeños escudos de madera. Pese a que no aparentaban ser muy peligrosas, Vera sabía que se podía salir muy mal parado con un mal golpe. Hubiera preferido que los duelos se hubieran conseguido anular de alguna forma, si ocurría una tragedia que empañara la boda de Lina iba a enfadarse. Su prima ya estaba bastante nerviosa, se pasaba el día ocupada con los preparativos, había cambiado el diseño del vestido ya tres veces, no necesitaba aquellas distracciones.

El hijo de alguien cargó contra Aetius. Este se apartó con un giro rápido, casi como el paso de un bailarín. Su contrincante se dio la vuelta y volvió a cargar varias veces, Aetius le se protegía y le esquivaba a placer,

casi se diría que estaba aburrido del combate, mientras su rival bufaba y se frustraba por todos los ataques que no iban a ninguna parte.

Al final, el hijo del señor dio un traspiés solo y Aetius le empujó con la punta de la espada, haciéndole caer del todo al suelo.

Algunos aplaudieron y unos pocos se rieron. No había sido una derrota muy humillante, en comparación al resto del combate, el soldado del Conde había estado muy por encima de su rival y la gente solo esperaba que ganara de una vez. Su rival ni siquiera parecía demasiado furioso, pero tampoco feliz. Se levantó del suelo con gesto arisco y le dio la mano señalando que aceptaba la derrota. No era una humillación muy grande cuando ya era el cuarto de la mañana que mordía el polvo.

Aetius se acercó a sus primas e hizo una reverencia, en forma de dedicatoria, como les había prometido.

Nina aplaudía, inclinándose aún más sobre la barandilla, por alguna fuerza misteriosa conseguía mantenerse sobre la misma sin caer de cabeza al otro lado.

Vera volvió a pincharle en el brazo, sintiéndose como una matrona escandalizada, en otras circunstancias igual hubiera estado animando junto a sus primas, pero no a alguien que estaba dando problemas en la boda de Lina. Eso sí que no.

—¿Te parece bonito?—dijo, dirigiéndose al chico, que arqueó las cejas—. ¿Tomarte estas familiaridades con una señorita?



—Ah, ¿está mal? —el joven parpadeó un par de veces, como si su sorpresa fuera sincera—. A ellas no les importa.

—Ellas son muy jóvenes para entender algunas sutilezas, tú eres un simple soldado, además apenas te conocemos y tu comportamiento en esta casa ha sido ofensivo, deberías tener más cuidado por cómo te diriges a la gente.

Aetius parecía que iba a responderle algo, pero permaneció un segundo con la boca abierta sin decir nada, su mirada se desvió a algún lugar tras ellas y, por un instante, una sombra cubrió su cara, pero volvió a sonreír con rapidez.

—Tengo que volver al combate, no quiero que mi adversario se enfade y me pegue demasiado fuerte.

Vera le observó volver al centro del patio. Extrañada, al darse la vuelta para ver qué podía haber distraído al chico, se dio cuenta que el Conde se acercaba a ellas y sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Cómo va mi soldado? He oído que bien.

El hombre se acercó a ellas con una gran sonrisa de satisfacción.

—Bueno, yo acabo de llegar —carraspeó Vera, intentando mostrarse indiferente—, pero mis primas dicen que ha ganado todos los combates hasta ahora.

—Ya, lo esperaba, no es por presumir, pero este joven tiene unas cualidades realmente excepcionales. No me sorprenden estos resultados,

solo espero no herir demasiado el ego de nadie y que el Barón me perdone por toda esta confusión.

—Ah, el Barón le perdonara, es muy comprensivo...

La quinta pelea había empezado y, por alguna razón, la atmósfera había cambiado por completo respecto a la anterior.

Alguien había decidido dejar para los combates finales a dos guardas del Barón, que defendían el buen nombre de la casa. Buenos guerreros. Quizá era por eso.

Aetius entró en el combate de cabeza, no esperó pacientemente a que su adversario se cansara y cometiera un error, como en el anterior. En dos golpes había hecho que a su nuevo rival se le cayera el escudo al suelo, en el siguiente, le golpeó con tal fuerza el cuello que todo el mundo quedó mudo por un momento, si aquello hubieran sido espadas de verdad, de seguro le hubiera cercenado la cabeza con aquel movimiento.

El guarda de la casa de Fresnos se sacudía por las rodillas y tosía, dos compañeros le cogieron y le llevaron a un asiento para que se relajara. Tenía un tiempo de descanso, si quería retomar el duelo. Mientras, Aetius dio un paseíto cerca de ellos, dedicando una sonrisa triunfal, pero con escasa alegría, en dirección al Conde, este aplaudió como si por obligación.

Vera no pudo evitar pensar que, pese a que el Conde hablaba de su soldado como si se sintiera orgulloso, no había aprecio en los ojos de ninguno de esos hombres al mirarse. Aquello le dio mala espina, quizá era solo la tensión de un largo viaje o los recientes problemas, lo que había

causado una brecha entre ambos. No los conocía a ninguno lo suficiente para entender por qué el Conde decía una cosa, pero sus ojos mostraban algo bien diferente.

Con inquietud, movió la cabeza para ver al secretario del Conde, Tumas, seguía mirando hacia Aetius como si quisiera saltar él mismo al patio y matarle.

Qué estaba pasando entre aquella gente. Se rascó el brazo, empezaba a sentirse un poco incómoda allí, incluso al lado del Conde.

El guarda de la casa del Barón no pudo regresar al combate, no dejaba de toser y parecía tener problemas para respirar. El quinto combate terminó también en victoria para el soldado del Conde.

El último duelo correspondía a otro guardia. Vera lo conocía como Ovir, un veterano que había visto sus batallas de verdad y se encargaba de entrenar a los recién llegados a la guardia del Barón. Era un hombre gigantesco, con una enorme cicatriz oscura cruzándole la cara y ojos que no parpadeaban nunca.

El público enmudeció al verle acercarse, parecía que podría coger a Aetius entre sus manos y doblarlo en varias partes, pero el chico no estaba tan impresionado como el público. Hizo un pequeño bailecillo con sus pies, como si intentara decidir qué postura le iba a venir mejor para atacar, sin mirar siquiera a su rival según entraba en el patio.

Se dio inicio al combate, por un momento ninguno se movió. Con un gesto de cansancio, Aetius lanzó el primer ataque, Ovir lo detuvo,

contraatacó, Aetius lo esquivó agachándose y golpeando detrás de la rodilla a su rival.

Ovir soltó una palabrota, que hizo que Sabina diera un brinco, hincó una rodilla a tierra y, cuando intentó recuperarse, ya tenía la punta del palo de Aetis frente a su cara.

El veterano lanzó un suspiro y asintió con la cabeza. Era una derrota.

El Conde aplaudió con la misma desidia que había aplaudido antes.

—Podía haber hecho que el combate durara más —dijo con apatía—, haber entretenido más al público, para compensar por tantas molestias.

—Ya ha tenido bastantes peleas. Igual está cansado —Vera no estaba muy entretenida, se sentía incómoda, aunque no era capaz de entender por qué.

Aetius se acercó a ellos y le hizo una reverencia al Conde.

—Ya he terminado mis duelos, ¿necesita que haga algo hoy?

—Nada en especial, ve a los baños y aséate un poco, no vaya a ser que tu olor ofenda hoy a alguien más. Vamos, Vera, tengo algo de tiempo para que termines de enseñarme tu jardín.

El Conde le tendió el brazo y Vera sintió como si sus inquietudes se esfumaran. Cogió el brazo con cierta delicadeza y comenzaron a caminar hacia la salida.

Antes de ir muy lejos, vio por el rabillo del ojo que Aetius hacia señas a sus primas y les decía algo en voz baja, no oyó qué, sus primas no dijeron

nada, pero empezaron a seguirles por todo el jardín, como habían hecho el día anterior, para cierta irritación de Vera.

Aquella vez el Conde parecía atento y le hacía preguntas sobre algunas de sus plantas, las preocupaciones de la mañana fueron desapareciendo de su memoria. Era un día precioso de primavera, el cielo azul era brillante, sus flores estaban radiantes... Solo volvió a sentir cierta inquietud cuando se cruzaron con su tía Drusa.

—Oh, Rolan, buenos días, no tuvimos mucho tiempo para hablar ayer. Me alegro de verte por aquí, ¿te gusta el jardín? —su tía sonreía con gesto tranquilo.

—Sí, estoy maravillado por él, tu sobrina Vera me está educando respecto a todos los tipos de flores que tiene y como cuidarlas.

—Nunca te han gustado las flores, siempre decías que eran distracciones, ¿has cambiado de opinión?

El Conde parpadeó.

—Eso es cierto, pero la gente cambia con el tiempo. De joven tenía otras preocupaciones y me interesaba por asuntos que ahora encuentro banales.

—Ya...

—Es porque le gustan a Vera, ¿verdad? —se entrometió Nina, con su cara de traviesa.

Vera se sintió sonrojar. Su tía abrió un abanico y comenzó a abanicarse lentamente, mirando con los ojos entrecerrados al frente, como si su cabeza

intentara entender un problema complicado y necesitara el aire fresco para hacer funcionar a su cerebro.

—Bueno, la gente cambia, supongo... —dijo Drusa, seguía sonriendo, pero su voz era más bien neutra, en una mujer que solía ser bastante risueña, casi cargaba un doble sentido que a Vera se le estaba escapando.

—Creo que tengo que abandonaros para atender mis asuntos, espero que nos veamos más tarde —dijo el Conde, y Vera tuvo que soltarse tristemente de su brazo.

—Sí, eso espero —dijo, apenada por la súbita partida—, hasta luego.

Vera le vio marcharse y luego se volvió a su tía, que seguía abanicándose con lentitud.

—Siempre ha sido un solterón convencido, que prefería ir a cazar o ir de pesca con amigos, antes de relacionarse con gente elegante, ¿por qué estará ahora detrás de jovencitas?

—¿Le conocías tía?

—Sí, claro, era un tipo pomposo y creído, el único con quien se llevaba bien cuando era joven era mi hermano, porque era el único con la paciencia para aguantarle —la mujer suspiró—. La gente cambia, supongo.

Vera parpadeó, aquella descripción no encajaba de ninguna forma con el Conde que había conocido. Igual solo había aprendido a ser más contenido y quería asentar la cabeza de forma un poco tardía. Eso quería creer al menos, el Conde empezaba a parecer demasiado bueno para ser verdad.

—Creo que voy a revisar cómo dejamos los lirios azules ayer —dijo Vera, la alegría de la mañana en el jardín con el Conde se había pasado, la indefinida inquietud que la plagaba aquella mañana había regresado y quería distraerse con otra cosa—. Venga, vamos. Hasta luego, tía.

—Hasta luego, niñas. No tardéis a la cena hoy, creo que hay cordero.

Vera hizo un gesto hacia sus primas y, con algunos gruñidos de Nina, se dirigieron a la muralla norte.

—Por cierto, ¿qué os ha dicho Aetius antes? —preguntó a Nina—. Cuando nos fuimos del patio habló con vosotras.

—Oh, nada —respondió Nina, moviendo el brazo en gesto de indiferencia.

Vera miró fijamente a Sabina, la niña movió los brazos incómoda e intentó esconderse detrás de Nina.

—Nada... importante...

—¿Nada? —insistió Vera, cambiando la dirección de su paso paso para ponerse a la altura de la prima pequeña y poder mirar con más intensidad aún a Sabina.

La niña abrió los ojos y parpadeó.

—Bueno...

—¿Bueno?

—¡Sabina! —le gruñó Nina.

—No es nada importante, solo nos pidió que no te dejáramos sola.

—¿Oh? —Vera se sintió decepcionada, qué petición más extraña.

—... y que no saliéramos del palacio cuando se pusiera el Sol.

Vera se detuvo y parpadeó. Aquella petición era aún más rara y ya era decir.

—No sé qué se habrá pensado ese tipo, pero yo no acostumbro a salir de noche por ahí —enderezó los hombros como para quitarse un peso de encima—. Venga, igual nos da tiempo a terminar otra fila de lirios antes de la hora de comer. Coged los bulbos, poneos el delantal y los guantes y vamos... Yo voy a por la pala.

Nina gruñó, pero a Vera le daban igual sus protestas porque le había intentado ocultar las palabras de Aetius y se lo merecía. Pequeña traidora, aliarse con aquel tipo antes que con su prima.

Por la tarde, entre una cosa y otra, apenas pudo ver al Conde. Su prima Lina había tenido otro cambio de opinión respecto al vestido y había una emergencia general en la casa. La boda sería en dos días.

Al llegar a las habitaciones vio un enorme lio de telas en la habitación de Lina. Las primas mayores intentaban convencerla de que se centrara en dos, Nina vio uno de los vestidos descartados y gritó que se lo iba a quedar, nadie le hizo caso, asumió que era suyo y empezó a probárselo para ver cómo arreglarlo para que se ciñera a su figura. Algunas sirvientas se afanaban por recuperar decoraciones que ya habían bordado para ponerlos en un nuevo vestido. Su tía Drusa se abanicaba en una silla, mirando el alboroto con calma y templanza.



Vera no entendía por qué Lina estaba tan nerviosa, su novio era Iules, heredero de Contón, una finca vecina al Barón. Se habían conocido desde que eran niños, Iules no se iba a asustar porque el vestido no fuera perfecto, ya la había visto pasar por pataletas y con barro hasta las orejas después de perseguir un conejo por todos los arbustos del bosque. Era un buen chico y todo el mundo estaba contento con la boda.

Aunque otro noble hubiera intentando casar a su hija con alguien de mayor peso o alcurnia, el Barón había decidido que prefería mantener a su primogénita a la cabeza de Fresnos, cerca de él y su familia, en vez de casarla con Asaberquién Marqués de Asaberdónde, que podría llevársela lejos y luego no vería nunca a sus nietos.

La gente de Contón era buena y de confianza, y los dos chicos se querían, por qué iba el Barón a desear nada mejor.

Si su prima Lina pudiera ver las cosas de forma tan simple y relajarse. Parecía querer demostrar que ya podía ser Baronesa de Fresnos, aunque aún le quedaba un poco grande el puesto, y pagaba sus frustraciones en el pobre vestido.

Vera tampoco tenía ninguna habilidad especial llevando una casa, Meras es una casa pequeña, comparada con aquel palacio, y no exigía más que un poco de sentido común para funcionar bien. Así que su principal papel en la boda era como recadera y apoyo moral para sus primas mayores y la novia.

La tarde pasaba rápido y al ver que la crisis se iba calmando, se le ocurrió que igual podía escaparse y cortar algo de lavanda para preparar

unos tónicos. Con suerte lograrían relajar a Lina en aquellos últimos días antes de la boda.

Fuera ya era casi de noche, el sol había desaparecido bajo los muros del palacio, aunque el cielo aún mantenía un leve resplandor. Vera salió al jardín con un candil y sus tijeras de podar sin pensárselo dos veces. No había nadie por allí a aquellas horas, la cocina estaba oculta, justo al otro lado de unos grandes arbustos, la principal hora de cenar ya había pasado, así que solo habría un puñado de sirvientes por allí.

El palacio siempre había sido un sitio tranquilo y seguro para Vera, así que no entendía la inquietud que sintió al darse cuenta lo solitaria que era realmente aquella zona del jardín.

Revisó las plantas de lavanda, que crecían cerca de donde dejaban los aparejos de trabajar, las miró con cuidado y se decidió por qué lados sería mejor cortar.

Apenas llevaba allí un momento, cuando sintió que había alguien más con ella. No lo oyó llegar, solo notó un movimiento inusual en algunas ramas.

Se giró con cierto sobresalto, recordando que Sabina le había dicho que no salieran de noche.

A pocos metros tras ella, cerca de la puerta de entrada, estaba Aetius. Estaba quieto, con las manos a la espalda y como si llevara allí varias horas y no un instante.

—¿Qué haces aquí?

El chico se giró como para ver si había alguien dentro del edificio, o en las ventanas, que estuvieran vigilándoles.

—Hace frío a estas horas, ¿no estarías mejor dentro? —dijo, después de asegurarse que no parecía haber más gente allí.

—Seguro que sí, pero voy a cortar un poco de lavanda a Lina antes.

—Claro.

—¿Por qué les andas contando a mis primas que no salgan de noche? ¿Quieres asustarlas?

Aetius levantó las cejas y dejó escapar una sonrisa despreocupada que no encajaba mucho con sus palabras.

—No, solo creo que no deberían salir de noche. Es peligroso.

—Estamos en casa del Barón.

—¿Quién te dice que no es la gente dentro de la casa la peligrosa?

—¿Estás poniendo en duda la honra del Barón y sus allegados? ¿Por qué insistes en insultarnos?

—No es un insulto ser precavido, es parte de mi trabajo. Y la honra no es algo que se tenga, es algo que se demuestra. Nunca sabes quién es honrado de verdad hasta que no muestra todas sus caras y, muchas veces, con una sola vez que veas el mal lado de alguien puede ser suficiente para traerte miseria.

Vera le miró de medio lado.

—¿Y si hay gente mala dentro por qué esas prisas en volver?

—Porque también hay más gente buena que puede ayudar... espero. Aquí fuera nadie se daría cuenta si te pasa algo.

—Ah, en eso voy a admitir que tienes razón. Por fortuna ahora mismo tengo unas buenas tijeras de podar —dijo, cortando dos tallos gruesos de una pasada, esperando que pillara la indirecta.

Aetius sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí, las veo, es lo primero que he visto al salir aquí... Por cierto, se te han caído unas ramitas en la cabeza.

—¿Ah, sí? —Vera se sacudió con la mano libre, tenía el pelo rizado, ramitas enredadas era un problema habitual cuando casi todos los días metía la cabeza en algún arbusto.

—Aún tienes un par, toma... —para su sorpresa, Aetius se acercó, sacó un pequeño espejo bruñido del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió.

—¿Llevas siempre un espejo? —Vera lo encontró tan gracioso que no pudo evitar sonreír mientras extendía la mano para cogerlo.

—Me gusta ir bien peinado —dijo el chico, acomodando las espesas ondas oscuras de su cabeza.

Vera escondió la sonrisa en su reflejo y comprobó que había ramitas entre los rizos negros, se las quitó y devolvió el espejo.

—Gracias —intentó sonar serena, aquel favor no significaba nada y no compensaba todas las demás ofensas que había cometido.

El chico asintió con la cabeza con una sonrisa, no pareciendo entender su tono de indiferencia, y guardó el espejo. Volvió a mirar hacia la puerta y las ventanas con nerviosismo y luego se inclinó un poco más hacia ella, como en una confidencia.

—Oye, me gustaría pedir disculpas por mi comportamiento. La verdad es que estaba buscando que el Conde me mandara de nuevo a casa, no debería estar aquí.

Vera le miró de arriba a abajo, no del todo segura de cuánto crédito dar a sus palabras.

—¿Qué? ¿Por qué?

El chico se encogió de hombros.

—No sé si es posible decírtelo ahora. Si las cosas no salen bien... te enterarás pronto, de todas formas.

Le vio suspirar y llevarse una mano a la cabeza.

—¿Cuánto secreto? ¿Por qué tengo que creerte nada? —había empezado a tolerarle y ya estaba irritándola otra vez. Cortó de forma seca dos tallos más.

—Cierto... —vio que la miraba y se movía incómodo—. No tienes que creerme, aunque me gustaría que lo hicieras...

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Aetius se frotó las manos y miró la cesta donde iba dejando los tallos de lavanda.

—Creo que el Conde se haya fijado en ti es una mala señal y que estás en peligro.

—Umm, el Conde dijo que tu educación no era muy buena porque te habías criado entre cuarteles —dijo, considerando si tendría que ver en el extraño comportamiento del chico.

—Eso es más o menos cierto —Aetius la miró a los ojos, asintiendo con vehemencia con la cabeza—, no he recibido la mejor educación cortés, de hecho, no estaba seguro qué ofensa cometer que me costara que me echasen de la casa, y no que me ahorquen... o algo así.

Vera no pudo evitar reírse otra vez, aquella sinceridad era casi agradable.

—El Barón es el juez de estas tierras, no ahorcará a nadie... Tendrías que matar a varias personas para que decida una condena así.

—El Barón parece un buen hombre.

—Sí lo es, demasiado permisivo a veces.

Aetius no contestó, parecía preocupado, el silencio que siguió era frío y tenso.

—¿Por qué quiere el Conde que estés aquí? ¿Por qué no le has dicho que preferirías haberte quedado en Libras?

—Sí, lo dije. Respondió que era por su seguridad, soy el mejor, eso dice... Pero la verdad es que yo también me estoy haciendo esa pregunta... Creo que deberíamos volver ya.

El chico se separó bruscamente de ella y caminó hacia la puerta.

Vera no quería obedecerle, pero le estaba dando tan mala espina la situación que decidió aceptar la sugerencia. Había conseguido suficiente lavanda.

—¿Estás diciendo que ocurre algo con el Conde? —le dijo—.

¿Insinúas que el Conde es peligroso? ¿Qué tiene un lado malo?

Entraban ya en la casa, por la puerta trasera, no había nadie allí y el estrecho pasillo les mantenía ocultos. Aetius había apoyado un pie en el primer peldaño de la escalera, pero se detuvo y volvió la cabeza hacia ella, con una sonrisa que le puso los pelos de punta.

—¿Conde? —murmuró—. Ese es el problema. No hay ningún Conde.

Vera quedó muda.

—Ve a tu habitación y cierra bien la puerta y las ventanas —continuó el joven, luego se alejó por las escaleras, subiéndolas de dos en dos.

Un suave viento vino entonces desde la puerta abierta al jardín. Vera reprimió un escalofrío y la cerró. Luego corrió a obedecer, lo suficientemente asustada como para no cuestionarse nada en ese momento. Quizá Aetius solo estaba intentando jugar con ella, no tenía razones de peso para fiarse de él.

Sin embargo, había demasiadas cosas que le habían inquietado y no en todas estaba involucrado Aetius, así que no eran solo las palabras del joven lo que le ponía nerviosa. Quizá la luz de la próxima mañana traía una visión

más lúcida a su cabeza, pero, por aquella noche al menos, cerraría bien su habitación



# SOMBRAS SIN PIEL

*Novelilla creada para el NaNoWriMo 2017, para más información sobre el resto de la historia:*

*@ayrtha*

*[www.ayrtha.com/velanima](http://www.ayrtha.com/velanima)*